

JOSE MARIA CORDERO TORRES

ALTERACIONES TRASCENDENTALES
EN LAS RELACIONES EXTERIORES
DE ESPAÑA, POR EL ADVENIMIENTO DE
UNA NUEVA ERA MUNDIAL, A
CONSECUENCIA DEL CAMBIO SOCIAL

Alteraciones trascendentales en las relaciones exteriores de España, por el advenimiento de una nueva era mundial, a consecuencia de cambio social⁽¹⁾

por el Académico Secretario

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

1.—Se ha escrito, con motivo del panorama que ofrece España, considerada principalmente en sí, que en el período cronológico de los setenta, ha pasado insensiblemente de una era a otra. Los síntomas de confusión son superficiales. Rigen, aunque sin desarrollar —o aplicar— en todos sus puntos, el conjunto de leyes llamadas Fundamentales, que se fue elaborando en un período esencialmente movido y cambiante (1938-67). Ha funcionado con la perfección deseable para la paz pública el «mecanismo» sucesorio en aquéllas diseñado, siquiera brevemente y por vía de prueba. Una «revolución» ruidosa —sea honda, como la de los vencidos en 1945, ó superficial aún, como las argentina, portuguesa y helénica— no se ha producido. Muchos de los textos, tomados de la oralidad imperante o de lo escrito, arrancan, bien que cambiándolos más de lo que se cree, de las añejas consignas y metas elaboradas por la generación en su mayoría desaparecida y enseñados a la otra que la ha sucedido, y que no ha elaborado aún públicamente sus propios lemas. La continuidad española parece sorprendente —la Historia de Tamames, tan hostil al ré-

(*) Disertación en Juntas del 15 y 22 de octubre de 1974.

gimen, se pronuncia por el título de «la era de Franco»— y se exalta en casa con reiteración, como un éxito en sortear tormentas y —después de reconstruir, período que debió recordarse y ya se olvidó— en «desarrollarse». Desarrollarse en todo o casi todo lo social, lo económico y lo ideológico, esto último por debajo de etiquetas prolongadas por obstinación o rutinaria inercia. Al mismo tiempo se habla, como de realidad complementaria y combinada con la anterior, con la evolución exterior española, que no niegan ni los que reprochan a España un «estancamiento» que precisamente no es como el que describen en las esferas interiores, de que aquéllos se ocupan. La sociedad española ha cambiado mucho en ideas, costumbres, necesidades, distribuciones y perspectivas. En realidad hay una nueva estratigrafía social, bien que harto desigual —por sectores y por áreas de territorio—, simplemente porque hay una nueva demografía respecto de la de 1939. La paz material del solar español también cambió, partiendo del *substratum* geográfico inalterable: el llamativo y delicado emplazamiento en el mapa, y la sequedad, rugosa, disforme y carente del suelo. Industrialización, auge urbano, mejoras sanitarias y viarias, predominio del sector «terciario» de actividades, intercomunicación de ideas y medios, amplio trasiego humano con el exterior (que se suele centrar fatídicamente en dos polos, turismo y migraciones laborales), masificación un tanto desordenada de la cultura confundida con la formación profesional, y menor de la información, aun «filtrada»; mayor renta *per cápita* —un tanto simplista, en cuanto a sus heterogéneos factores—, son innegables, como la disconformidad de la juventud. Verdad; pero no excepcional pues todo el mundo, desde Surinam a Malasia, pongamos, ha cambiado, y en Europa Occidental, llamativamente. En general, mundo ha cambiado socialmente más desde 1914 a 1974, que de 1789 a 1914, y mucho más que en los tres siglos anteriores. No podía exceptuarse la política exterior, que queda al alcance de las masas, que perciben directamente sus efectos, por las internacionalizaciones de materias que hace medio siglo eran cuestiones domésticas. Las grandes organizaciones, en la O. N. U., aparte de un órgano *ad hoc* (ECOSOC), tienen cinco de sus catorce «agencias» especializadas dedicadas a algún fin social. Puede calcularse que uno 40 por 100 de los Tratados que se registran al año tienen también ese fin. La interferencia, no sólo de los políticos «parlamentarios», de los partidos o de sus equivalentes y

de otras organizaciones —confesionales, sindicales, económicas—, cae y pesa directamente sobre la conducción de las políticas internacionales, lastradas por problemas sociales, generales o particularizados.

Los estragos en el abuso de la llamada «diplomacia directa» —que se da bajo cualquier sistema, pero más en los autoritarios—, es decir, la del telégrafo, el avión, las entrevistas, las conferencias, etc., etc., reducen a poco los márgenes de acción de la otra, sin garantía de que su «deformación profesional» —real, no única, y exagerada— resulte peor que los males de la improvisación, la impreparación y el personalismo. Por supuesto, la interpenetración han desarrollado un poco la solidaridad y la cooperación, pero un mucho las hegemonías, con sus secuelas —bloques rivales, armamento atómico y diplomacia a ratos secreta—. Y propaga la doctrina marxista, imperante en un tercio del mundo, ante la que las otras no quieren ser tildadas de retrasadas.

No es mérito ni demérito exclusivo de cualquier sistema, o de unas personas, lo que de bueno y de malo haya en los complejos aspectos del cambio social. Limitémonos a señalarlo, porque ese cambio —que va a seguir cada vez más profunda y aceleradamente, pues acaba de recibir el refuerzo de un trastrueque de los canales y valores clásicos en la economía internacional— marca el contraste entre lo que debiendo guardar un mínimo de marcha paralela o acompasada, nos parece dañosamente dissociado, pensando en la vida española. Su pasado aspecto interno, con sus virtudes y defectos en lo conservable, lo perfeccionable y lo cambiante, difiere del aspecto externo, el de las relaciones exteriores, sobre cuya primacía se ha insistido tanto y tantas veces en estas mismas sesiones, que huelga hacerlo una vez más: hasta el más aislado —si los hubiera— aldeano o nómada montaraz sabe que los giros del mundo impiden la inmovilidad de la vida; esto es, de ninguno de sus componentes, empujado desde fuera, a veces sin previa idea de ello. Las masas o los grupos sociales mayoritarios, aun en los países en que son férreamente encauzados —casi todos colectivistas—, pesan con sus opiniones en las relaciones internacionales, de modo visible e inmediato, o cubierto y lento. Claro que las masas de las cinco séptimas partes del mundo «subdesarrollado» tienen preparación, intereses, medios y reacciones distintas de la de los dos quintos restantes. El conflicto es forzoso: aquéllas tienen las materias vitales y la demografía; las últimas,

las técnicas y el capital. Los Estados quedan condicionados por su clasificación en *ricos* o *pobres*, con daño notorio de los intermedios, como España.

* * *

2.—Se ha puesto siempre un énfasis, sin duda de raíz bien intencionada, pero por su posible amplificación peligroso, en destacar que los grandes ideales nacionales, los principios básicos, los «puntos cardinales», o como se quiera decir, en materia exterior son algo natural, que permanece por encima de eventos favorables o adversos y de mutaciones demográficas o ajenas (1). Se han formulado, desde las Instrucciones Reales de Austrias y Borbones a sucesores regios, hasta nuestros estadistas y tratadistas contemporáneos, programas o «bases» con el esquema de esos ideales o principios en el caso español. Pretendiendo que tales programas o *desirata* sigan inalterados, pese al eco hispano del cambio social, que imprime fugacidad a sus supuestos.

La simple comparación resalta lo falaz de toda formulación política de tono absoluto. Es clásico el criterio de que España arranca de la unión de Aragón con Castilla —cuando debiera

(1) «La política exterior de un país no se improvisa ni se desliga de sus supuestos naturales... Se hereda de régimen a régimen», escribía D. Manuel Azaña.

En sus *Memorias* (1974), Salvador de Madariaga formula un programa de acción exterior, cuyos puntos-clave hubieran podido ser redactados por Ganivet, Maura, Vázquez de Mella y otras personas de variada ideología doméstica (véanse las páginas 574, 585, 590, 650 y el documento número 14, «Nota sobre política exterior de España»).

Sin mencionar a los olvidados Sinibaldo de Mas, Gonzalo de Reparaz y Huguet del Villar, recordemos a Ganivet (*Idearium español*, edic. 1924), Romanones (*Moret y la política exterior de España*, 1923), Mella (*Los tres dogmas nacionales*, edic. 1929), Ledesma (*Discurso a las juventudes de España*, 1938), García Arias (*Las directrices internacionales de España*, 1943), Barcia (*Puntos cardinales de la política internacional española*, 1939), Castiella (*La política exterior de España, 1898-60*, 1960), Artajo (*Las constantes geopolíticas en las relaciones internacionales de España*, 1965) y López (*Algunas reflexiones en torno a la política exterior de España*, 1971).

El autor no se arrepiente de su *pêché de jeunesse*: *Aspectos de la misión universal de España* (1941-42); mas científica fue su *Relaciones exteriores de España* (1955).

haberse arrancado de la de Portugal con Castilla, bajo Alfonso V y la «Beltraneja»—. No hay nadie en casa, desde hace dos siglos, que evoque, historia y teatro aparte, a Flandes o Nápoles (y en Alguer, Cerdeña, se sigue hablando catalán), aunque la «gran política» de los siglos XVI-XVII tuviera respaldo popular.

Pocos saben por dónde cae el Franco-Condado, y son *raros* —incluso en el sentido mental— los que exaltan nuestro papel de dejarnos piel y huesos luchando contra protestantes y turcos, complejas y agotadoras tareas que mezclaban idealismos con intereses —ya se sabe que las Indias costaron más que dieron, y que Europa nos arruinó en beneficio de parásitos exteriores, aparte de lo desproporcionado de las cargas—, temas no totalmente borrados, aunque fueran empresas que pudieran responder a móviles desaparecidos, salvo si se las quiere ver como intentos de contener el desgarrar o invasión asiática de Europa. Si hay hispanoamericanismo (acá; allá son latinoamericanos, y gracias), es porque hay formidables realidades vivas —obligado es arrancar de la comunidad, al presente sólida, del idioma— que no son historia, por más que se aprovechen escasamente. Vamos superando la pugna entre las dos leyendas —blanca y negra— para descubrir la acción de los terceros y pensar en la propia. Si Gibraltar nos obsesiona, no es por los seis kilómetros cuadrados del Peñón —muchos más tiene el Rosellón, y es penoso el olvido en que lo tenemos—, sino porque es la causa de esa «gibraltarización» del país, que consiste en frustrar sus iniciativas y vetar sus razonables designios externos, mientras nos somete a injerencias y riesgos, de raíz y conveniencia ajenas, casi siempre malos para nosotros. Si nos preocupa Portugal, no es porque quede por acá algún raro defensor de aquella «Federación Peninsular» decimonónica —de la que han hablado con mayor respeto desde Oliveira Martins a Mario Soares, que cualquier Rodríguez, López o Pérez español—, sino porque está ahí, soldado irremisiblemente al resto del *corpus peninsularis*, aunque nos volvamos contumazmente las espaldas, con beneficios de terceros extraños. Pero contagiando sus rumbos cada parte a la otra (2).

* * *

(2) Examinemos sus declaraciones de 25-IX-74 (más amables y vagas fueron las del fugaz *premier* De Palma). Soares resulta un neobeberista —sobre una Península socialista— con un «dualismo paralelo» que recuerda, desde Oliveira Martins, a Sardinha y Quintanar.

4.—También nos preocupa el mundo ultrapirenaico, que no es el de los *bebés* y las modas de París, la «democracia» londinense (¡qué dirán en Derry!), la perfección germánica y demás *wundergedanken*, tan padecidas y admiradas por los celtibéricos. En lo que se llama Europa hay que ver, escueta e imperativamente, un mundo organizado, que tiene que influirnos, con preferencia a otros, en lo bueno y en lo malo; en general hostil, en casos particulares agresivo e inevitablemente vivo en mil aspectos de nuestra vida cotidiana. Y aunque mucho menos influyente, también está muy cerca Africa —cuyas gentes desviaron nuestra trayectoria durante ocho siglos—, hostil en sus proximidades, y en la que nuestra menguada presencia de hoy —la generación viviente la ha conocido— se ha ido liquidando en forma desastrosa para lo lógicamente conservable. Nuestra derrota de 1898 no fue la de las escuadras en Cavite o Santiago, sino la del castellano en Filipinas. Nuestra evicción del Magreb y Africa Negra es la eliminación acelerada del castellano en Tetuán o Bata y del trabajador español, en desconcertante paralelo con nuestras sonrisas, soslayamientos y pasividades, excitantes y no balsámicos, y con la conducta hacia terceros. No es sólo en Africa donde se practica este franciscanismo sorprendente, aun en un país donde crecen a placer enormidades y se aplastan férreamente menudencias.

En cuanto a otros grandes temas que preocuparon a nuestros mayores —1914-45—, algunos felizmente nos los han resuelto los causantes: así la reconciliación —como sea— franco-alemana. Pero hemos inventado otros: la furibunda «yancomanía» de poderosos grupos, que, arrancando de un urgente remedio de circunstancias en 1953, quieren perpetuar la más desigual de las obligaciones imaginables. Claro que también tenemos a nuestros rusófilos (o soviétófilos), generalmente inspirados por motivos tan paralelos a los yanquistas, como recusables, aunque quizá más ingenuos idealmente. Por inventar, hemos descubierto alborozados el foro de la O. N. U. —y de sus filiales, alguna adversa—, después de sufrir su repudio; y la alfombra mágica del arabismo, que es bastante lírica, pero no petromóvil. Por cierto: hablamos mucho de Israel, pero sin decirlo. Curiosa tenacidad.

* * *

5.—Diríase que lo que a los españoles —masa y *élite*— les falta profundidad y perspectiva, y el sentido común, en el obrar exterior, les sobra facundia quijotesca —de la experimentada en sus descalabros y desencantos por el Ingenioso Hidalgo— y que el mal parece encauzarse por la ruta cómoda de invocar las tradiciones y los principios exteriores inmutables, que el viento se llevó; aunque no fue sólo el viento el que se llevó, por ejemplo, algunas veces nuestras escuadras (3). Y todo eso en un mundo tan cambiado, que la «continuidad» —unilateral y más bien pasiva— sólo cuenta con un respaldo cuya mera imaginación ofende nuestro amor propio: que la debilidad o inferioridad confrontativas obligan siempre a vestirse de Quijotes. Reparaz decía de la España canovista —salida penosamente de un siglo de guerras civiles, tras de la aniquilación impune por los galos de riquezas, flota, Imperio, y nuestro hueco en el «concierto mundial»— que su supuesto lema en política exterior, «no suscitar, y ante lo suscitado, transigir» era como querer hacer el muerto; imitación que podría provocar la defunción real, como le sucedió a Corea en 1905 y 1910. Y no a Bélgica y otros países porque Londres no lo toleró. Ni siquiera la gran habilidad en «dar largas» de los Sultanes, salvó a Marruecos de los Protectorados; como el pacifismo de samoyedos, hawayanos, samoanos, magalasy, o puer-torriqueños no les había impedido ser anexionados por sus visitantes. En lo exterior, o se actúa, o se es *actuado*, como sucede si se quiere sestar con las rentas, y más si son dudosas, o prescritas. Y como la masa hace sentir su peso ante un gran fracaso, las explosiones irán de lo externo a lo interno y no podrán detenerse, como en 1899, en truenos literarios.

6.—Descendemos del Olimpo a la prosaica faz del divino mundo contemporáneo, en crisis continua. Pero queremos evitar el co-

(3) Resulta escandaloso que un país continuamente hostigado como autoritario haya descendido los efectivos de su flota de guerra —y en general de su armamento militar— a niveles que evocan tiempos de Carlos II. El informe anual del Instituto de Estudios Estratégicos (1974) cifra nuestras fuerzas en 284.000 hombres (tierra, 208.000; mar, 50.000; aire, 33.000). Sólo hay dos agrupaciones (dos «batallones») con *Nike-Hercules* y *Hawk*; un portahelicópteros y un crucero, seis submarinos, y 201 desiguales aviones. Aparte 65.000 guardias civiles. Fuera de la Península hay 41.000 hombres. Los tres últimos acorazados los botó la Monarquía; los dos últimos cruceros *washington*, la República. Nos «desarrollamos» sin recursos para estar casi inermes.

mentario de que sólo nos «salen» críticas adversas a lo hecho y a lo no hecho en nuestras relaciones exteriores. Tras de la Guerra de Sucesión, fuimos—casi durante un siglo, el XVIII— la tercera potencia mundial, que proseguía milagrosamente dentro de su relatividad contingente; la España maltrecha de 1899 buscó concluir el aislamiento (1904-07-13), evitó su salida de Africa, y se «alineó» (1907); aunque al llegar la gran prueba de 1914, ni quisiera, ni pudiera, ni fuera requerida, para participar en ella: simplemente fue utilizada y más por los «Aliados», por obvios motivos geográficos. Aún así, y maltratados en Tánger (1923), lo fue menos en la naciente Liga Ginebrina. La Dictadura supo aprovechar su sola oportunidad y concluir con la interminable guerra-negocio del Rif-Yebala. Mejoró relaciones con Portugal y con Italia —sin graves compromisos—, éstos dejados ante la sugestión de cualquier proyecto mayor. La República —luchando con la desventaja de sus turbulencias internas— cultivó la política de Ginebra, y con felicidad el hispanoamericanismo; y se defendió en lo que pudo de abrazos *éttoufantes* —Herriot—, evitando que la flota yanqui reanudara su tradición de 1898, esta vez llegando a la península *ad Telephonicam protectionem*. En otros aspectos los influjos externos fueron menos combatidos —como siempre, poseían «sucursales» nacionales en el Poder — y el débil enlace con Francia, del «inocente» Tratado comercial de diciembre de 1935, sólo fue usado tarde y desviadamente: en la guerra de 1936-39.

* * *

7.—Durante nuestra guerra (1936-39), el bando calificado diplomáticamente de *rebelde*, a pesar de que organizó de la nada y aprisa, un Estado que crecía con el curso de las vicisitudes bélicas, frente a la autodisolución del otro Estado (al que se atribuyó hasta el fin el monopolio de la beligerancia), encontró donde pudo amigos —opción no tuvo— y pactó con ellos (4). Minimizando su difícil postura de inferioridad para no caer en gravámenes irremediables; sorteó la intervención internacional llamada «no intervención» y la crisis de los Sudetes; evitó instalaciones ajenas en Marruecos y Menorca; y, en fin, llegó a la paz, rota, pero

(4) Pactos: Con Alemania: 20-III, 12 y 15-VIII-37 y 24-I-39.

Con Italia: 28-XI-36.

Negamos la autenticidad de los «textos» de Hendaya y Viena.

entera, poco antes del estallido de 1939. Duro golpe para reconstruirse y ampliar las amistades; grave ocasión para peligros y daños continuados, desde las exigencias intervencionistas de los amigos —esquivadas a «lo sultaniano», única manera practicable—, a los bloqueos y amenazas de los no amigos, que después de publicar, cribándolos, los archivos secretos de los vencidos con las «complicidades españolas», han empezado a publicar los propios con algunos de sus planes de agresión bélica que no se consumaron por diversos milagros combinados. Luego vino la mini-invasión pirinaica —rechazada por los pueblos «a liberar»—, el ostracismo, las condenas (1945-50), y fatalmente la reacción oficial que tuvo el respaldo, no de ningún gran poder armado o económico —los amigos se contaban con los dedos: Portugal, Argentina—, sino del *consensus* popular hispano, incluyendo a muchos «heterodoxos», lo que sorprendió a los agresores. La diplomacia española registró en distintas proporciones y en diferentes campos estimables realizaciones positivas desde 1904 a 1920: (el período que recibió las injurias de las plumas de la Dictadura, la República y el Nuevo Régimen). En 1925-28, y 1933-35 (estos dos períodos tan despreciados por los que los sucedieron). Y reverdeció en la «época de los milagros» —de prueba y sacrificio para el pueblo, sin distinciones— de 1936-39, y después hasta la «rotura» del anatema onusiano en 14 de diciembre de 1955. Y hecho curioso: en aquellos tiempos un sencillo Ministerio de Estado, y hasta una mera Secretaría de Relaciones bastaba. En los actuales, con un selecto cuerpo —*la carrière est toujours la crème de la bureaucratie*—, el Ministerio de Asuntos Exteriores es harto complejo (DD. 20-2-70 y 9-11-73: la carrera se rige por D. 15-7-55 básicamente). Y, sin embargo, organización, presencia múltiple y brillantez, no suponen siempre eficacia. Es para pensarlo. Y para pensar que la mucha «reflexión» —que supone lentitud—, útil en algún momento (1939-45), es corregible ahora.

* * *

8.—La política exterior española ha venido descansando sobre estos pilares, iniciados antes de acabar nuestra guerra:

I) *El Pacto Peninsular*, de 17 de marzo de 1939 (que se reiteraría y completaría el 29 de julio de 1940, el 20 de septiembre de 1948 y el 22 de mayo de 1970), tras el cual florecieron los acuer-

dos concretos y «técnicos» —circulación, vías, aprovechamientos fluviales, pesca, sanidad, asistencia, fraude, etc.—. El recelo interpeninsular se disimuló, pero era notorio, y su influjo en los pactos, directísimo (habrá que «reformularlos» en parte, ha dicho Ruivo en Roma, 21-X-74).

II) *El Concordato* con la Santa Sede, de 27 de agosto de 1953 (que revalidaba anteriores, como anexos: 8 de diciembre de 1949, 7 de junio de 1941, 5 de agosto de 1950, 7 de abril de 1947 y 8 de agosto de 1953). También en trance revisionista.

III) *Los acuerdos con los EE. UU.*, iniciados con los tres —«Mutua Defensa», «Ayuda Económica» y «Defensa»—, de 26 de septiembre de 1953. Expirados, algunos rápida y definitivamente, otros por el transcurso del plazo, fueron continuados —26 de septiembre de 1963, 26 de septiembre de 1968, 6 de agosto de 1970—. Tras de los cuales florecieron otros, más bien técnicos (como el «espacial», de 6 abril de 1960): pero el básico, de 1970, expira en 1975. Además *sub aquila americana* España se adhirió a acuerdos entre terceros como el semi-nuclear, de 5 de agosto de 1963, y participó en Conferencias como la de Seguridad «Europea» —léase centroeuropea—, de Helsinki-Ginebra. Piedra de discusión hoy.

IV) *Los acuerdos de «descolonización»* y, por extensión, la iniciación o el desarrollo de contactos con los países del «Tercer Mundo». Después de mejorar su postura en Tánger —maltratada en 1945 a secuelas de Potsdam— en 10 de noviembre de 1952, España independizó su protectorado (7 de abril de 1956), renunció a sus derechos sobre Tánger y Tarfaya (29 de octubre de 1956/1 de abril de 1958) y acabó cediendo Ifni, eso sí, con teóricas contrapartidas pesqueras y otras (4 de enero de 1969). Pero los once Tratados de cooperación hispanomarroquíes de 1957-58, y alguno de sus subtítulos, que aseguraban, no la presencia de fuerzas o de la peseta, pero sí de la cultura y del trabajo español, con asistencia no despreciable a Marruecos —y abundantes «regalos» a partir de la reducción de la Deuda anterior a 1956—, se fueron en una década al fondo del mar; mientras se barría nuestra pesca con métodos de la época de la piratería berberisca, y se «marroquinizaban» actividades y bienes, dándonos un trato peor que a países mejor defendidos, y en beneficio de una tercera cultura. En Guinea el episodio —tras la independencia dada al Río Muni e impuesta en la isla (12 de octubre de 1968)— se agravó entre lo

cómico y lo trágico; y en el Sáhara el problema de la autodeterminación (según España), o *anchluss* (según Marruecos), está al rojo vivo, pues Marruecos ya no disfraza que busca ese *anchluss* (5). Al compás de estas relaciones, y más suaves fueron otras con el Mundo árabe, con mucho discurso y algún gesto (*jotba* en la Mezquita de Córdoba), algún olor a petróleo y a gas, y bastantes nubes —España no dejó usar al Tío Sam sus bases en la guerra sionista de 1973—. Seguidas de otras bastantes discontinuas con el Tercer Mundo emergido.

V) *La política hispanoamericana*, con su limitado apéndice filipino y el velado puertorriqueño: abrupta con México, oscilante, dentro de una tendencia a la mejora, en el resto —Cuba incluida—, con realizaciones tan fragmentadas que costaría un libro sistemazarlas, porque la OEA —es decir, Washington— no ha permitido sino declaraciones muy generales, como las de Madrid, Bogotá, Lima, etc., con participación española. Algunos de aquellos acuerdos de la «época heroica» —los protocolos Franco-Perón y Franco-Frondizi— fueron vitales en su momento para España. La Comunidad Familiar de las gentes hispánicas va naciendo calladamente en una serie de segundos planos —laboral, cultural, de ayuda técnica y económica—, con realizaciones tan serias como OSSI, la UPAE, el IHHP, la OEI, la OMI, el ILAMBI, la Comisión de Academias de la Lengua y la doble nacionalidad; capaces re súbito auge en futuras coyunturas posibles, por incremento de los errores o fracasos del Tío Sam, ya vistos en «La Alianza para el Progreso» y proyectados en el Caribe, el Plata y otros lugares. Por otra parte, hay un Mundo «latino» o iberoamericano en marcha propia con posibilidades de acción: ODECA, ALALC, Grupos andino y platense. De algún modo podríamos ser su apéndice europeo.

VI) *La política onusiana*: Ingreso en todas las agencias especializadas, y ocupación en ciertos períodos de puestos en órganos importantes (Consejo de Seguridad, ECOSOC, Tribunal, etc.). Feliz —platónicamente— en el tema de Gibraltar, desde las resoluciones de 1 de octubre de 1964, 16 de diciembre de 1965 y subsi-

(5) Así la oferta de Hassan II de acudir al T. I. H. (14-IX-74), teóricamente incluíble en el artículo 38 de su amplio Estatuto, tuvo trasfondo: si ganara Marruecos, asunto concluso; si perdiera, él o un tercer país replantearía, aun sin O. N. U., la «descolonización». Se han perdido tiempo y oportunidades irrecuperables.

guientes, incluida la importante de 19 de diciembre de 1967, hasta el *consensus* de 13 de diciembre de 1973, no supone gran cosa práctica, frente al poder obstruccionista armado del ocupante y sus cómplices. Alguna «agencia» —OIT— arremete contra España, pero en conjunto la ONU mantiene para nuestro país un trato semejante al medio dado a otros miembros.

VII) Pero subsisten sueltos problemas como el calpense, ante los que hay que maniobrar aparte: abandonar posturas insostenibles y respaldar con nuevos hechos —previa renovación de respaldos exteriores— los sostenibles. El autor sugeriría sin gozo algo parecido a un *coimperium* hispano-británico (que no se parezca al pintoresco caso de Andorra), con ordenada distribución de tareas, y, claro está, sin «parar», como último medio, de ver si los ingleses razonan, y no aparece el trágico dilema de Calvo Sotelo «España rota, versus España roja». Con un *monobilema* peor: roja y rota, en la penumbra.

* * *

9.—Por ello, con probidad y sinceridad y no complacidamente, sino objetivamente, consideramos, si no fracasadas, al menos obstruídas hasta hoy las siguientes políticas:

I) *La vecinal*: Acercamiento real y recíprocamente cooperativo con nuestros «tradicionales» vecinos, Inglaterra y Francia, potencias decadentes, pero muy superiores a España, y no sólo en economía o armamento, sino en resortes internacionales. No importa el viejo acuerdo Jordana-Berard (febrero, 1939: con la guerra civil viva) y la serie de acuerdos de cooperación varia (tránsito, pasos y controles fronterizos, cooperación científica y técnica, económica y espacial, sanidad, seguridad social, aprovechamiento del Garona: el del Lago Lanós es mejor olvidarlo), que llevan al de venta de armas de 22 de junio de 1970, simple operación comercial modesta (6). Ni las maniobras «conjuntas», las declaraciones o las visitas. Importa que allende el Pirineo se mantiene vivo el «santuario inviolable de la hostilidad y la agresión armada» —¡nos-

(6) Algunos pactos con Francia —no los clásicos de 1659, 1732 y 1814, sino de los recientes— son: cooperación cultural y técnica (II/69), aeronáutica (II/70), militar (VI/70), espacial (V/71), industrial y agrícola (XI/67 y I/69). Con Inglaterra es reciente el social (X/74).

talgia incurable de guerras en casa del vecino y de invasiones nefandas o santificadas, desde Carlomagno a Luis XVIII! —, mientras en silencio se obstruye la entrada en Europa a contrapelo de lo que se declama en público; a salvo terrorismo y «explosiones» contra la mano de obra o los productos en tránsito. Es triste y sobreinquietante para España, pero ésta limita al norte con un poder hostil, y no se mejoran las cosas silenciándolo, ni con débiles e inoperantes quejas, desaprovechando las pocas oportunidades de «advertencia» recíproca. Lo mismo, dígase más agudo si cabe, ante el eterno problema de Gibraltar —desde el confuso Tratado de 1713— y la gibraltarización del país vecino, sucede con Albión. También ha habido con ésta acuerdos —menos, recordamos el consular, bastante desfavorable, de 30 de marzo de 1962—, visitas harto superficiales, raras frases amables. Y nada más: buena defensa en la ONU, floja en las otras «fuentes diplomáticas», nula en la extradiplomáticas, algunas industrias en el Campo, el respeto al Tratado de 1713 en «la Verja» —que no erigimos nosotros y está en el suelo español ocupado, como el aeródromo—, alguna acción social y delimitaciones, no respaldadas por la fuerza de los espacios terrestres, aéreo y naval en el Campo (12 de noviembre de 1948, 11 de abril de 1961, 17 de octubre de 1967, etc.), más la concesión de utópicos «atractivos» a una población, la calpense —11 de julio de 1965—, que no tiene otra alternativa real que: sumisión a Londres o dispersión (Constitución de 23 de mayo de 1969). El problema está muy mal, peor que hace lustros, como rebote de realidades complejas —no de la simple confrontación de medios entre la parte potente y la otra—. Entre aquéllas figuran nuestro aislamiento, al «descansar» en un erróneo amigo y en amigos reales, pero más débiles, y no buscar opción distinta.

II) *La política europea.* España ha mantenido relaciones con la OEA y OUA, y se ha mantenido lejos de las tormentosas OTASE y otras. Pero quiere «entrar» en Europa de la que —con lógica y realismo— se siente parte y a la que necesita —como es necesitada por lo que de ella queda, aunque ésta lo obtenga gratuitamente— mientras observa una actitud confusa y poco práctica frente a la OTAN, paraíso para algunos por deformación mental, purgatorio para otros, como el que escribe, infierno para terceras gentes. La OTAN no ha podido prodigar más gratuitamente sus frases de desprecio «preventivo», sin perjuicio de la clásica distribución de pepes en su seno. La última vez fue Luns (21 de

agosto de 1974), que sin admitirnos propuse que sirvamos a la OTAN, vía EE. UU. Los organismos europeos igual, aunque el Consejo de Europa en exceso suelto en fervor «democrático», con sus anatemas —no hacia los países que operan en Ulster, Córcega y el Tirol del Sur o Chipre, *inter alia*— nos admita a convites culturales y otros similares. La última declaración sobre España (13 de septiembre de 1974) es quizás más conciliadora de tono. Pero el mayor obstáculo es la conexión económica. Huímos del rodeo que suponía la EFTA (tan útil a Portugal) y nos hartamos de decir —falsa o insinceramente— que no hay vetos políticos cuando los prohombres de la CEE nos lo han dicho, no sólo en Bruselas, sino en Barcelona; y así andamos, *empaquetados* con tres países, no europeos, pero «mediterráneos», en la inacabable lista de negociaciones, dilaciones, rechazos, declaraciones (rosadas las de nuestros tecnócratas) y demás drogas —desde nuestra petición de 1963— que cubren mal el acuerdo de 29 de junio de 1970, «prorrogado» (salvo para los «tres nuevos») en 22 de diciembre de 1972 y, por tanto, a punto de concluir agravando el dogal conscientemente puesto a España: que queda sola. Imponerse actitudes graves—que suponen el buen ejemplo estatal y aprieto del cinturón para todos, empezando por los que tienen más que apretar—, y la vigilancia de penetraciones económicas europeas en España bajo multinacional disfraz —y mirar en todas las direcciones, dando pasos, no sin riesgo, pero capaces de hacer pensar a los europlutócratas; o lo pasaremos muy mal en esta nueva era de precrisis mundial que va a herir a la CEE— mientras seguimos en el limbo estadístico de la OCDE y en los limbos menores de la agricultura teórica, los ferrocarriles, la sanidad, etc.

III) Sinceramente, veo, no frustrada, pero sí *empantanada*, la llamada *ostpolitik* —pomposo rótulo para los hechos de establecer relaciones mercantiles, y escasamente diplomáticas: China, DDR—, pues desde su pintoresco inicio, en pintorescos tiempos, ha pasado mucho para que evolucionaran. Hace tiempo que debíamos tener variadas relaciones con la URSS —y el autor no ignora el «contagio» que automáticamente se derivaría de esos contactos, aunque tampoco olvida las infecciones silenciosas de la CIA y sus predecesoras más viejas—, y, como decía el sindicalista y procurador Fugardo, «a la flota soviética habría que invitarla a la Bahía de Algeciras». El tema, para un público mal mentalizado —en unos provoca el «santiguarse», en otros rugidos

contenidos— como el español, es «inapto para menores». Lo malo es que entre los *menores* figuran gentes importantes; y respetamos a los prejuicios sinceros, no a la defensa solapada de migajas originarias de países hostiles a Moscú. Más *papistas que el Papa*, reconocimos a Pekín tras de Washington y a Pankow tras de Bonn. *Espanna es ansi*, se decía ya en el Medievo. Y no es que esperemos regalos ni milagros de una auténtica *ostpolitik*: es que creemos que podemos sacar algunos frutos que la cerrazón occidental nos impone.

IV) *La política africana*: Reclamación en la ONU (1 de octubre de 1974) por Marruecos, no sólo del Sáhara, sino de Ceuta y Melilla; el fantasma del choque armado es permanente, y la im-preparación (o la lentitud), un atentado para los intereses vitales en aquellos Municipios. Un fracaso poco honroso, puede derribar muchas cosas.

* * *

10.—Es notorio que al revisar algunos de los problemas más vivos de nuestras relaciones exteriores, al advenir esta era de los 70, que no es la que forzó los principios que pretenden seguir aplicándose, opinamos con ligereza sobre las espinas que rodean las rosas de la «descolonización» —en sí inevitable, pero sólo acertada si es practicada con preparación y a tiempo—, callamos sobre la posible renovación de los acuerdos hispanoyanquis en 1975, y pasamos sobre ascuas al tratar del Concordato de 1953, en trance de revisión por declaración de las dos partes —alguna voz, ilustre, pero minoritaria, habla de adaptación o corrección parcial, pero la terminología no cambia el problema—. Casaroli parece tener la iniciativa en esta materia, y es que dentro de España también está el Vaticano. La Historia se repite: nuestros deudos conocieron apostólicos y carbonarios; miembros de las Internacionales, etc.: útiles a ciertos países, malos para España. Sin reciprocidad.

* * *

11.—Está claro que huímos —no por cobardía intelectual ni por falta de conocidas opiniones que nos han valido algún «coscorrón»— de lo que está bajo el telar de negociaciones en curso o en precurso: desde la Declaración Kissinger-Cortina de 9 de junio de 1974.

Pero lo que no digamos nosotros, lo han dicho otros y se ha difundido en España, incluso viniendo de fuera. En la imposibilidad de un selección ordenada de las más importantes opiniones, recordamos algunas características. Como también recordamos la tajante declaración aparecida en «La Actualidad Española» (VI-1974): «Los españoles no queremos las bases», resultado mayoritario de una amplia encuesta.

Por parte americana, desde Rogers, Smygthon y Fulbright a Kissinger, se ha justificado el carácter de *executive agreements* de los sucesivos acuerdos de 1953 a 1970, porque no *comprometían en nada a EE. UU.* (el artículo 30 vagamente, y el 31 crudamente, del Acuerdo de 1970 lo confirman). Hay, pues, una parte que recibió algo positivo —valioso y no inocuo para la otra— y que sólo da lo que quiere: alguna vez chatarra naval rechazada. Mas, comparativamente, migajas exaltadas.

No evocamos ilustres figuras de muertos —el inolvidable Don

José de Yanguas en cabeza— ni de cualesquiera vivos (D. José María de Areilza, Emilio Romero, Emilio de la Cruz, Antonio Garrigues, Carlos Mendo) por ilustres o enterados que estén. Invo- camos a los negociadores de los viejos textos —Martín Artajo y Castiella—, al reconocer que la nueva era ha provocado el juego de la conocida cláusula *rebus sic stantibus* y que se impone —si es que de haber tratado, que por nosotros y en lo militar más bien estorba— «un nuevo tipo de relación entre iguales y con garantías». Los defensores de los acuerdos (cuya buena fe es pa- tente en muchos casos, desde el fallecido Almirante Carrero a los técnicos naval y terrestre Manera y Salas) se basan en la teoría de su contexto; pero éste, desgraciadamente, no ha sido siempre paralelo de la *praxis* aplicativa. Recuérdense los ataques a las exportaciones españolas —antes y después de la Ley Mills— cuando el déficit comercial español es enorme. La tesis de la des- ventaja de los Pactos se resume suavemente en Cañadas («La Es- paña de los 70», III, 1). Al recalcitrante que cree que EE. UU. «de- fiende» al sistema español, que lea a Cyrus L. Sulzberger (*New York Times*, 17-3-74, que ya piensa en conservar las bases bajo un futuro «régimen democrático» español. ¿Qué han garantizado EE. UU. a Etiopía, Grecia, Portugal y otros países? Ni a Europa siquiera. Sólo falta que EE. UU. apoyen a Marruecos contra Es- paña —como en 1957— en sus roces (*Washington Post*, 8-10-74). Aunque fuera una postura de «Poncio Pilatos».

Si se preguntara al pueblo español en libre *referéndum*, o al menos a las Cortes, según su Ley (artículo 14), concorde con la Orgánica del Estado (artículo 9 a.) el problema se aclararía. En- tiéndase: no queremos el vacío o aislamiento, ni la apariencia de respaldo externo. Queremos contar con el mínimo posible de garantía para el débil en todo compromiso bilateral.

* * *

12.—En cuanto al Concordato, tampoco queremos, como Don Quijote y Sancho, topar con nada que suponga polémica eclesial, puesto que es notoria la que existe en el clero español. Nos parece que el Vaticano, que tan agudamente aprecia y —por sus subor- dinados—, airea los defectos del Estado español (con otros, Polo- nia o Italia, por ejemplo, parece más moderado), quiere *libertad* conservadora de los beneficios del texto de 1953: para nuestro

falible parecer, el más favorable al Vaticano que existe en el mundo. En cuanto al clero, es español con todas sus características; o sea, que está dividido en exceso, y no silencioso ni quieto. Gentes con ropa talar de aquende el Bidasoa recuerdan a los curas que luchaban contra Napoleón —o en las *Ressistances* de 1943— no menos expeditivamente que los seculares. Otros sólo declaran y actúan en tono menor. Es lógica, y no motivo de escándalo, la inquietud social de muchos sectores eclesiásticos —el escándalo sería que la Iglesia de los doce pescadores, fundada por el Hijo del Hombre que fue carpintero, fuera la aliada de los que la Biblia califica duramente—, pero no creemos que la hostilidad al sumiso Estado español ataque ese terrible mal, que no es ya la antirreligiosidad clásica, sino la simple arreligiosidad de jóvenes y masas, combinadas con la paganización de ideas y costumbres. El Vaticano es inteligente: quiera Dios que supla con ello lo que el exceso de «papismo» hispano lleve como lastre a la negociación. «Renunciar a los mutuos privilegios»: bonita frase de difícil desarrollo, y de complejo fondo. También diferente de la conquista de posiciones para llegar a sanear almas; buen propósito, pero con riesgo de quedar a media vía, como el calvinismo enseñó en muchos países.

* * *

13.—En fin, huelga señalar que el silencio sobre la política peninsular quiere decir que desde «A arrancada» hay que poner en cuarentena los anteriores «pactos ibéricos», pese a la amabilidad —oficial y no popular— de figuras del nuevo régimen, en sus primeras declaraciones oficiales; pero desde la radicalización del proceso revolucionario luso, son de esperar excitaciones hostiles y graves. La debilidad ante un vecino «cubanizado» sería catastrófico. Y la distracción, también. Las ocasiones ya perdidas son graves.

* * *

14.—Nuestro repaso ha sido a la vez muy largo y muy corto, y rico en voluntarias omisiones. Dejamos a sus doctores (¡no tecnócratas!) los temas económicos y sociales, los culturales y estratégicos. Allá ellos con el crónico y pavoroso déficit comercial, las sangrías de capitales y migratoria, las penetraciones silencio-

sas y tantos problemas. Sólo decimos que los pilares «tradicionales» de los XXV últimos años de vida exterior española, o han desaparecido o han cambiado. Por el cambio social, trasfondo del diplomático de una época de postguerras y preguerras, con pequeñas guerras. Hay, pues, que montar pronto novedades. Vivimos ante una nueva época o una nueva era, que exige nuevos planteamientos y nuevas fórmulas adecuadas para nuestros problemas exteriores. Que ni por nosotros, ni por los intereses de grupos que favorecen los intereses de fuera, no quede. Y que la ciudadanía esté mejor informada y pueda expresarse sobre estos problemas: que «participe» de ellos, aportando su «ordenado contraste de pareceres». Con esto nos aproximamos, insensiblemente, y con el menor daño posible, a ciertos *prius* europeos, insoslayables en sí y para no quedar solos en el Mundo